

Juan Crisóstomo

CONTRA LOS ESPECTÁCULOS

I

¿Esto se ha de tolerar? ¿Esto se ha de consentir? Y ante vuestra propia conciencia quiero citaros a juicio. Así lo hizo también Dios con los hebreos, porque haciéndolos a ellos sus propios jueces, les decía: *Pueblo mío, ¿qué te he hecho en qué te he contristado, o en qué te he causado enojo? Respóndeme* (Miqueas, 6, 7). Y de nuevo: *¿Qué culpa hallaron en mí vuestros padres?* A él, pues imitaré también yo y os diré por segunda vez. ¿Esto se ha de tolerar? ¿Esto se ha de consentir? Después de tan largas series de sermones y de tantas instrucciones, nos dejaron a nosotros y, tránsfugas, se fueron a ver los certámenes de caballos, y tan furiosos andaban, que llenaron toda la ciudad de clamores y gritos desaforados que excitaban mucha risa, o mejor dicho, llanto! Yo, entonces, sentado en mi casa, al oír aquel clamor tan sin concierto, sufrí más que los que se ven agitados por el oleaje. Porque así como estos, al ver como las olas se quiebran en los costados de la nave, se estremecen por lo inminente del peligro, así, cuando herían mis oídos aquellas oleadas de gritos, miraba al cielo, y cubría mi rostro; y mientras tanto, los unos en los palcos se portaban tan sin juicio, y los otros abajo en medio de la plaza aplaudían a los aurigas, voceando todavía más que ellos. Y ¿qué responderemos o cómo nos defenderemos si algún extraño, presentándosenos delante, nos llamare y dijere: *¿Esto hace la ciudad de los Apóstoles la que tuvo tal doctor ? ¿Esto, el pueblo amante de Cristo, teatro no material, sino espiritual?* ¡Y ni siquiera respetastéis el día en que se conmemoraban los misterios de nuestra redención! sino que el Viernes Santo, cuanto tu Señor era crucificado por el mundo, cuando era sacrificada tal víctima, y se abría el paraíso, y era restituido el ladrón

a su antigua patria, y (Gal , 3, 3) se borraba la maldición, y desaparecía el pecado, y se anulaba la guerra temporal, y se reconciliaba Dios con los hombres, y todo volvía a su orden, en aquel día, cuando se debiera ayunar, y glorificar a Dios, y enviarles oraciones en acción de gracias por haber hecho tan inmensos bienes al mundo...; entonces, tú ¿dejas la Iglesia, y el sacrificio espiritual, y la reunión de tus hermanos, y la gravedad del ayuno, y cautivo del demonio, te lanzas a aquellos espectáculos? ¿Esto se ha de tolerar? ¿Esto se ha de consentir? Porque no cesaré de decir esto continuamente y desahogar de esta manera mi pena, no reprimiéndola en silencio, sino poniéndola en medio y delante de vuestros ojos. ¿Cómo podremos en adelante hacer a Dios propicio? ¿Cómo aplacar sus iras?

II

Tres días hace que rasgadas las nubes se deshicieron en tormentas y lluvias, destrozándolo todo, arrancando, por decirlo así, el alimento de la misma boca de los labradores, derribando las doradas espigas, corrompiéndolo todo por el avaro ímpetu de la inundación; hiciéronse letanías y rogativas, y toda nuestra ciudad, como un torrente, corría a los lugares de los Apóstoles, y escogimos por protectores a San Pedro y al bienaventurado San Andrés y a los Santos Apóstoles Pablo y Timoteo. Después de esto, aplacada la ira divina, atravesando el mar y atreviéndonos con el oleaje, corrimos a los príncipes de los Apóstoles San Pedro, base de nuestra fe, y San Pablo, vaso de elección, haciendo una fiesta espiritual, y pregonando sus combates, sus trofeos y sus victorias contra los demonios. ¿Y no ha sido bastante ni el terror por lo sucedido para reprimirte, ni la grandeza de los Apóstoles para amaestrarte, y no hace más que pasar un día, y sales fuera de ti, y voceas, despreciando a tu alma maltratada y cautiva de los apetitos? Si querías ver corridas de irracionales, ¿por qué no unciste tus apetitos irracionales, tu ira y tu concupiscencia? ¿Por qué no les pusiste el freno de la razón, provechoso y blando, ni te sobrepusiste a ellos por el recto juicio, ni corriste al premio de la vocación de la gloria, no corriendo de vicio en vicio, sino desde la tierra al cielo? Ese sí que es género de corridas, que trae, además de la satisfacción, mucha utilidad.

Pero tú, dejando de alcanzar, como era sencillo y natural, los premios que tenías en tu casa y en ti mismo, te sentaste a ver la

victoria de los demás, consumiendo tal día en cosa tan vana, tan frívola y tan perversa.

III

¿Acaso no sabes que, como nosotros, cuando damos dinero a nuestros esclavos, les exigimos cuentas hasta de un óbolo, así Dios nos pedirá razón de los días de nuestra vida, de qué manera empleamos cada uno de ellos? Y ¿qué le responderemos? Y ¿cómo nos defenderemos cuando nos exija cuentas de aquel día? Por ti salió el sol, por ti la luna iluminó la oscura noche, y brilló el lucido coro de los astros, por ti soplaron los vientos, corrieron los ríos, por ti germinaron las semillas y nacieron las plantas, y conservó la naturaleza su propio curso, y amanecieron los días, y pasaron de largo las noches; todo esto sucedió por ti, y tú, a pesar de servirte todas las criaturas, ¿cumples la voluntad del demonio? Y recibiendo de Dios tal mansión como este mundo, ¿no le has prestado reconocimiento?

Y no te bastó el primer día, sino también el día siguiente, cuando debías detenerte un poco para ver el pecado cometido, te lanzaste de nuevo al teatro; corriendo del humo al fuego, de un abismo a otro más temible. ¡Deshonraban los ancianos sus canas, y arrojaban al precipicio los jóvenes su juventud, y los padres conducían a sus hijos, empujando desde un principio su edad inexperta, hasta el abismo de la maldad. ¡No se equivocaría quien en vez de padres llamase paricidas a quienes de este modo pierden las almas de sus hijos!

IV

¿Y qué mal hay en esto? me decís. Esa es principalmente mi amargura; que estás enfermo, y no sabes que estás enfermo, ni llamas al médico. Quedaste lleno de ideas impuras y preguntas ¿qué mal hay? ¿Nunca has oído las palabras de Cristo: *Quien mira lascivamente a la mujer, ya ha pecado* (Mt. 5, 28)? ¿Y qué con eso, dirás, si no miro lascivamente? Mas ¿cómo me podrás persuadir de ello? Porque quien no puede refrenar su vista, sino que pone tal empeño en darle gusto, ¿cómo después de haber mirado podrá quedar en pie? ¿Tienes acaso cuerpo de piedra? ¿Lo tienes de hierro? De carne estás vestido, y de carne humana, que se inflama con la concupiscencia más fácilmente que el heno. Y ¿qué digo en el teatro? en la calle me turbo yo si me encuentro con alguna mujer: y tú, sentado en el palco, donde hay

tantos incentivos de lujuria, viendo a una meretriz que sale suelta la cabellera con gran desvergüenza, con vestiduras de oro, consumida por la liviandad y molicie, cantando cantares obscenos, versos lúbricos, diciendo palabras desvergonzadas, haciendo tales gestos como tú que los viste te los puedes figurar, miras al suelo y te atreves a decir que no te pasa lo que a los demás hombres? ¿Es tu cuerpo de piedra? ¿Es de hierro? ¿Eres tú más firme que aquellos grandes y generosos varones, que por sólo una mirada fueron derribados? ¿No has oído lo que dice Salomón? *¿Podrá nadie andar sobre brasas encendidas, y no quemarse los pies? ¿Podrá nadie guardar el fuego en su seno, y no quemarse los vestidos? Tal es el que comunica con mujer ajena* (Prov. 6, 28, 27, 29).

Y aunque constantemente la deshonestidad, con tu deseo la consumaste, y en tu pensamiento cometiste el pecado. Y no sólo en aquellos instantes, sino aún después del teatro; ya la meretriz se ha retirado, y llevas grabada su imagen en tu alma, con sus palabras, sus gestos, sus miradas, su paso, sus movimientos candenciosos, los meneos de su impuro cuerpo; y te retiras traspasado de innumerables heridas. ¿De dónde sino de aquí las ruinas de las familias? ¿De dónde la pérdida de la vergüenza y castidad? ¿De dónde la división de los casados? ¿De dónde sus guerras y rencillas? ¿De dónde esos desabrimientos tan sin juicio? Porque después que saciado te llegaste a tu casa cautivo de ella, ya tu esposa te parecía más desapacible, tus hijos más importunos, tus criados fastidiosos, tu casa cargosa, tus cuidados de costumbre para el arreglo de lo necesario de tu casa se te hacen enojosos y cualquiera que se presenta, pesado e insoportable. La razón es ésta: no volviste solo a casa, sino llevando contigo a la meretriz, no descubierta y manifiestamente (que sería más leve daño, porque pronto la apartaría tu esposa), sino sentada en tu pensamiento y conciencia, y encendiendo dentro un horno de Babilonia, y todavía más terrible que aquel, pues no tiene por combustible estopa, nafta y pez, sino todo lo que ya hemos dicho, y todo lo habido y por haber. Y así como los que se abrasan con fiebre, sin tener de que quejarse contra los que les sirven por la molestia de la enfermedad se hacen desabridos con todos, rehusan los alimentos, se enfadan con los médicos y se enfurecen contra los que van a auxiliarlos; así también los que están enfermos de esta terrible enfermedad, andan abatidos, llenos de desabrimiento, viendo en todas partes aquella mala mujer.

V

¡Oh desgracia de desgracias! El lobo y el león, y las demás fieras heridas, huyen del cazador; mas el hombre racional herido sigue a quien le hirió, de modo, que recibe otro dardo mucho peor, y padece con gusto su herida, y lo que es más acerbo aún, hace su enfermedad incurable. Porque quien no aborrece la úlcera ni quiere verse libre de ella, ¿cómo ha de llamar al médico? Esto me causa honda tristeza y quebranto, que os retiráis de allá con tanta ruina de vuestra alma, y por un pequeño placer sufrís continuo pesar; porque ya antes del infierno y del suplicio de la otra vida, os causáis aquí a vosotros mismos el tormento más extremo. Y si no, dime: ¿no es el mayor castigo alimentar semejante concupiscencia, y abrasarse en ella continuamente, llevar en todas partes un horno de impuros amores, y sufrir el remordimiento de la conciencia? ¿Y cómo subirás a aquellas puertas celestiales? ¿Cómo participarás de la sagrada mesa? ¿Cómo podrás oír los elogios de la continencia, lleno de tales úlceras y heridas, y teniendo el alma esclava de la pasión?

VI

¿Y para qué decir más? Por lo que en estos momentos hacéis se puede ver la amarga tristeza de vuestras almas: ahora mismo estoy viendo cómo, mientras hablo, se golpean algunos las frentes; y os doy el parabién, porque sois un pueblo tan misericordioso. Y al punto se me ofrece que hacen esto muchos de los que no han pecado, doliéndose de las heridas de sus hermanos. ¡Y esto es lo que me causa gran pena y quebranto, que desgarre el diablo un rebaño como éste! Pero si queréis pronto le cerraremos la puerta. ¿De qué manera? Si sanamos a los enfermos, si extendemos la red de la santa doctrina, si vamos a buscar a los que han sido presa de las fieras, y a arrancarlos de las mismas fauces del león. Y no me digas: *Pocos son los extraviados del rebaño*. Aunque sean solos diez, no es pequeña la pérdida; y aunque sean cinco, y aun dos, y aun sólo uno. También aquel buen Pastor dejó por esto las noventa y nueve ovejas, y corrió tras una, y no volvió hasta traerla consigo, y llenó el número de cien, que se había destruido por la defección de esta oveja perdida. No me digas, pues, que es una; sino acuérdate que es un alma por la cual fueron criadas todas las cosas visibles, por la cual se estatuyeron leyes y castigos, y

penas, y se hicieron mil cosas maravillosas, y tantas y tan variadas obras de Dios; por la cual no perdonó ni a su Hijo Unigénito. Piensa bien qué precio se dio aun por sólo uno, y no desprecies su salvación; antes sal a buscarle, y devuélvenoslo, y persuádele que no vuelva a caer en lo mismo, y entonces será suficiente nuestra excusa.

Pero si no hiciere caso ni de mis consejos ni de vuestras exhortaciones, haré por fin uso de la autoridad que Dios me ha dado, no para destrucción, sino para edificación.

VII

Por eso os advierto de antemano, y con voz bien clara y elevada os anuncio, que si alguno, después de esta exhortación e instrucción, se lanza a presenciar esos perdidos e ilícitos espectáculos, no le recibiré dentro de este recinto, no le administraré los sacramentos, no le permitiré llegarse a la sagrada mesa, sino que, como los pastores apartan de entre las sanas a las ovejas roñosas, para que no comuniquen su enfermedad a las demás, así obraré también yo. Porque si antiguamente el leproso era lanzado fuera de las murallas, y aun cuando fuese rey, era arrojado fuera con su diadema, con mayor razón nosotros arrojuremos de este sagrado recinto a quien tiene lepra en el alma. Y así como al principio me he valido de exhortaciones y consejos, así ahora, después de tal exhortación e instrucción, preciso es cortar por lo vivo. Porque ya hace un año que vine a esta vuestra ciudad, y no he cesado jamás de deciros muchas veces esto mismo. Ya, pues, que algunos no quieren dejar su lepra ¡ea!, ahora ya, cortemos por lo vivo. Y si no tengo espada, tengo una palabra más cortante que toda espada; y sino tengo fuego, tengo una doctrina más ardiente que el fuego, y capaz de abrasar más eficazmente que él. No despreciéis, pues, mis palabras, porque, aunque soy despreciable y miserable, pero con todo, por la gracia de Dios, tengo en mis manos una dignidad que puede todo esto, *¡Sean, pues, excomulgados los tales, para que los sanos se conserven más sanos, y los enfermos se repongan de tan grave enfermedad!* Y si os habéis horrorizado al oír esta frase (porque a todos os veo cabizbajos y sin aliento), conviértanse y quede anulada la excomunión, porque así como tenemos potestad para atar, así la tenemos para desatar y reducir de nuevo a la Iglesia. Y no queremos cortar de este cuerpo a nuestros hermanos, sino arrojar de la Iglesia la ignominia.

Ahora, en tanto, se reirán de nosotros los gentiles y se burlarán los judíos, cuando por nuestros pecados así nos despreciamos; pero después ellos mismos nos alabarán más que nadie, y admirarán a la Iglesia, y venerarán nuestras leyes. Nadie, pues, de los que perseveren en semejantes impurezas se llegue a la Iglesia; antes sea castigado por vosotros, sea tenido por común enemigo. *Si alguno, dice San Pablo, no obedece a nuestras palabras por medio de esta carta, a este tal notadle y no os mezcléis con él* (2 Tes. 3, 14). Haced eso mismo vosotros: no les respondáis, ni lo recibáis en casa, ni estéis con ellos a la mesa, ni al entrar, ni al salir, ni en la calle, que así los ganaremos fácilmente. Y como los cazadores a las fieras más astutas las acosan no por una sino por todas partes, empujándolas hacia la red, acosemos también nosotros de este modo a los que se han convertido en fieras, y pronto, yo por un lado, vosotros por otro, los meteremos en las redes de la salvación. A fin, pues, de que esto suceda, indignaos también vosotros como yo, o mejor dicho, entristeceos por el desprecio de las leyes de Dios, y apartaos por un poco de tiempo de vuestros hermanos víctimas de tan grave enfermedad y desprecio de la ley, para que los podáis tener siempre con vosotros. Porque no será leve vuestro juicio, si despreciáis esta pérdida, antes recibiréis terrible castigo. Puesto que si entre los hombres, cuando huye un siervo después de haber robado algo de oro o plata, no es castigado tan sólo él, sino también todos los que lo sabían y no le denunciaron, mucho más en la Iglesia de Dios. Porque te dirá entonces Dios: “Tú que veías, no ya cómo se robaban en mi casa los vasos de oro y plata, sino cómo era saqueada la continencia, y cómo el que recibía mi Cuerpo precioso y participaba de tal sacrificio se pasaba al bando de Satanás y cometía semejantes desafueros, ¿cómo callaste? ¿Cómo lo toleraste? ¿Cómo no se lo avisaste al sacerdote?” Y entonces te exigirán cuentas con todo rigor.

Por eso también yo, por más que os haya de doler, no perdonaré a los más dolorosos castigos. Porque mucho mejor es sufrir aquí tristeza, y libraros del juicio venidero, que halagaros con mis palabras y ser entonces condenado con vosotros. No es para mí seguro ni sin peligro el sufrir tales cosas en silencio. Porque cada uno de vosotros responderá de su propia alma; mas yo tento que responder de la salvación de todos vosotros. Por esto no cesaré de hacer y decir cuanto pueda, por más que os entristezca, por más que os parezca acerbo e insoportable, de modo que pueda presentarme en aquel terrible tribunal sin mancha

ni ruga o cosa parecida. ¡Ojalá por las oraciones de los santos vuelvan pronto los perdidos, y los que han quedado ilesos adelanten más y más en santidad y pureza, para que vosotros os salvéis, nosotros nos alegremos, y Dios sea glorificado

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA